

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, UNIDAD CUAJIMALPA

Pueblo Santa Fe/Testimonios

Pablo Landa

Investigador quien realizó trabajo de campo en Santa Fe

Palabras clave: Fábrica de Pólvora, Talleres, Fiestas patrias

Disponible en http://ort.cua.uam.mx/?page_id=1707#pablo

Historias del Camino Real a Toluca¹

Un lugar común: la Ciudad de México es una ciudad en la que ricos y pobres ocupan espacios distintos y rara vez se encuentran. Muchos atribuyen la separación a fenómenos recientes—la brecha socio-económica es cada vez más amplia. Sin embargo, la segregación es tan antigua como la ciudad.

En la capital del imperio Azteca ciertos barrios, escuelas y templos estaban reservados para los nobles.² El centro de Tenochtitlán, en torno al Templo Mayor—centro del universo y conexión entre la tierra y el ultramundo³—era espacio exclusivo de la elite que se engrandecía por su proximidad con los símbolos del poder. En el siglo XVI, los colonizadores españoles se apropiaron del espacio ocupado por estos símbolos, los destruyeron y erigieron otros. Miles de los colonizados salieron de la ciudad. En el nuevo esquema de poder no había ya lugar para ellos en el centro.

Algunos de ellos, amparados por don Vasco de Quiroga, humanista harto de los abusos de sus colegas aventureros y burócratas empleados por la corona española en América, se desplazaron al poniente, siguiendo el curso de una carretera antigua—conocida a partir de la colonia como “Camino Real a Toluca”—y se congregaron en el pueblo de Santa Fe, en una loma junto a abundantes ojos de agua.

Don Vasco estableció el pueblo—primero de una serie que continuaría en Michoacán—en 1532. Sus casas estaban organizadas en torno al atrio de la iglesia de la Asunción, que sobrevive. La organización social y política del pueblo seguía el modelo de Utopía, isla descrita por Tomás Moro en su libro de aventuras y ciencia ficción de 1516. Como don Quijote, quien se creyó personaje de las novelas de caballería que leía, Quiroga, estudioso insaciable, buscó habitar la comunidad imaginada por Moro al construirla.

En 1571, los manantiales de Santa Fe comenzaron a proveer de agua a la Ciudad de México

¹ Ensayo basado en trabajo de campo etnográfico en la zona de Santa Fe en 2011 y 2012.

² Nutini.

³ Townsend.

con la construcción de un acueducto.⁴ En el siglo XIX, la abundancia de agua atrajo a la industria. La fábrica de pólvora de Santa Fe eventualmente daría pie a la creación del enorme campo militar número 1.⁵ El pueblo de Santa Fe, sin embargo, se mantuvo por siglos como una comunidad pequeña de agricultores y comerciantes rodeada por bosques y barrancas.

Las primeras comunidades vecinas de Santa Fe se formaron en torno a las minas de arena. La transportaban en camiones llenos hasta el tope y la vertían, mezclada con cemento, en moldes de los que surgieron los edificios modernos de la Ciudad de México. Como testimonio, sobreviven en la zona algunas cementeras y así como cuevas que atraviesan las lomas y enormes agujeros en la tierra. Muchos viejos recuerdan haber adecuado las cuevas y vivido en ellas. Otros aseguran que las usaban como bodegas los rateros.

A partir de 1957, el Departamento del Distrito Federal comenzó a depositar la basura de la ciudad junto al pueblo de Santa Fe. Así llegaron nuevos habitantes. Entre montañas de escombros y comida en descomposición, vivían decenas de “pepenadores”. Si bien los habitantes del pueblo de Santa Fe tuvieron contacto con los habitantes de los basureros, siempre mantuvieron cierta distancia. De ahí la especulación en torno a sus incontables riquezas.

“Eran millonarios!” me dijo una vez Olga. “Sus casas eran como cuevas en la basura, pero si entrabas, eran de material, llenas de los mejores electrodomésticos. A nosotros apenas nos alcanzaba para comprar una licuadora...”

“Yo cuando fui”, complementó Gustavo, “aprendí que las apariencias engañan. Los niños estaban descalzos, pero a veces encontraban oro o diamantes entre la basura y no les faltaba nada.”

De oriente a poniente, de la Ciudad de México hacia Santa Fe, a mediados del siglo XX comenzaron a formarse otras colonias, algunas de familias que compraron lotes y otras de invasores o “paracaidistas”. Muchas eran parte del “cinturón de miseria” que se expande desde hace siglos junto con la ciudad.⁶ Como en el siglo XVI, la ciudad siguió—y sigue⁷—expulsando a los más pobres. Vía la carretera prehispánica convertida en Camino Real, de Santa Fe a la ciudad de México: agua y arena. De México-Tenochtitlán a Santa Fe: los pobres, los colonizados y la basura.

A principios de los años ochenta, el Departamento del Distrito Federal—entonces parte del gobierno federal—cerró los basureros de Santa Fe, “reubicó” a los pepenadores y designó la tierra conquistada, al fondo del más grande de los agujeros hecho por los mineros de arena, para hacer un nuevo distrito comercial y financiero. Todo empezó al parecer, cuando Hank González soñó con un pequeño Manhattan y, al despertar, decidió ubicarlo al poniente de la ciudad de México.⁸

4 Libro acueducto.

5 Libro pólvora.

6 En 1869, Ignacio Manuel Altamirano, cronista de la ciudad, escribió: “Un escritor amigo nuestro decía, con razón, hace pocos días, que el centro dorado de México ignora que está rodeado por un cinturón de miseria y de fango. Efectivamente, causa horror y tristeza semejante consideración. [...] Desde que se atraviesa el puente de la Soledad de Santa Cruz y se pierde uno en aquel laberinto de callejuelas sucias e infectas, todo anuncia que se ha entrado en la región de la fiebre y del hambre”. Realidad a lo largo del siglo XX. Los conjuntos de vivienda en las periferias son los cinturones de miseria de hoy.

7 Ver, por ejemplo, Bertha Teresa Ramírez. “Durante boom inmobiliario el DF expulsó a más de 370 mil familias”, La Jornada, 7 de febrero de 2014.

8 María Moreno narra esta historia con detalle en 2015.

Una de las primeras acciones para la construcción de la Zona de Desarrollo Controlado (ZEDEC) Santa Fe, como se le llamó oficialmente, fue ampliar el Camino Real a Toluca para facilitar el acceso de sus constructores y futuros habitantes. Así, un sábado en mayo de 1982 llegaron los bulldozers al pueblo de Santa Fe y arrasaron con todo lo que se encontraron en su camino. En algunos casos tiraron solamente bardas. En otros casos los daños fueron mayores. Según recuerda su hija Marcela, la señora Refugio García, en silla de ruedas, estaba en el segundo piso de su casa y quedó expuesta cuando destruyeron su sala y un cuarto que daba hacia la calle. Desde su habitación convertida en balcón vio como las máquinas reducían a escombros buena parte del pueblo.

“No nos avisaron”, me aseguró Marcela. “Tenemos una foto de la sala de un día antes, de toda la familia reunida en la sala para celebrar a mi mamá, por el día de las madres. Y de un día para otro no quedaba nada.”

“Creo que a nosotros sí nos dijeron que iban a ampliar, un señor de la delegación, pero a lo mucho nos avisaron una semana antes. Y nunca creímos que realmente fueran a venir a destruir”, comentó Rita.

Don Ramón me dijo: “Pelemos por meses para que nos compensaran. A muchos los engañaron. Los hicieron firmar una carta diciendo que daban su terreno en donación. Yo nunca firmé nada, y todavía me deben por lo que me quitaron”.

Luego intervino su hijo Alfonso: “Pues sí, fue difícil. Podríamos decir traumático. Pero la verdad estábamos algo emocionados, pues nos dijeron que iban a hacer una nueva ciudad, con centros comerciales, cines, bancos y que iba a haber mucho trabajo para todos”.

Hoy el Camino Real a Toluca, en el tramo que atraviesa el pueblo de Santa Fe y conduce al Centro comercial Santa Fe—el más grande de América Latina, con cerca de 10,000 cajones de estacionamiento—se llama Vasco de Quiroga. El humanista buscador de la utopía hoy es una calle rodeada por casas mutiladas, y hacia el poniente, por parques corporativos y edificios de departamentos. Entre el ZEDEC y el pueblo existe el mayor índice de desigualdad en México.⁹

Vasco de Quiroga no es ya el acceso principal al ZEDEC Santa Fe. Poco después de adecuar esta avenida, las autoridades extendieron el Paseo de la Reforma hasta la zonas de corporativos—esta avenida, asociada desde su creación en el siglo XIX con el poder,¹⁰ transita hoy desde la Villa de Guadalupe hasta el Centro comercial Santa Fe. Desde su creación, las colonias de la clase alta se han construido en torno a Reforma: las colonias Juárez, Roma, Cuauhtémoc, Polanco, Lomas de Chapultepec... más recientemente y más alejadas del centro, surgieron Lomas de Santa Fe, Lomas de Bezares y Vista Hermosa, entre otras.

En años recientes el gobierno del Distrito Federal realizó otra importante obra vial—la Supervía Poniente, que atraviesa las barrancas del poniente de la ciudad, con extensiones inmensas de casas autoconstruidas, y llega directo a las colonias de clase alta del sur de la ciudad. Reforma y la Supervía permiten a los habitantes del ZEDEC no tener que cruzar zonas congestionadas como el pueblo de Santa Fe.

9 REF.

10 Tenorio Trillo.

En 2012, el Gobierno del Distrito Federal presentó un nuevo Plan Parcial de Desarrollo Urbano (PPDU) para Santa Fe. Entre sus contenidos, el plan proponía nuevas adecuaciones a la avenida Vasco de Quiroga. Los vecinos del pueblo reaccionaron inmediatamente—predijeron que de nuevo llegarían los bulldozers. Están acostumbrados a que las autoridades actúen sin preguntar. Además, como Hank González, ellos también tienen sueños: cuando advierten que ya subió el agua, la luz y el predial, en la noche tienen pesadillas en las que los “reubican” como reubicaron hace años a los pepenadores de los basureros, y que sobre las ruinas de sus casas construyen nuevas torres de cristal con acceso controlado.

“Parece mentira”, me dijo Mario, “pero cuando era niño todo esto era monte. Nadábamos en una presa que estaba donde ahorita están construyendo otro centro comercial. Cuando empezaron las construcciones, nos robábamos cubos de polietileno de las obras y los usábamos como lanchas.”

Estábamos en una protesta contra el Plan Parcial. Los manifestantes eran principalmente vecinos del pueblo de Santa Fe; llegaron algunos otros de otras colonias en torno al ZEDEC. Nos reunimos en la glorieta que separa al pueblo del nuevo desarrollo. Cuando éramos cerca de ochenta, caminamos hacia el pueblo sobre Vasco de Quiroga.

“Si no cerramos la calle nadie nos va a hacer caso”, me aseguró Mario.

Entonces, ya estando en el pueblo, cerramos durante cerca de una hora. A nuestro alrededor había fragmentos de casas coloniales y casas auto-construidas, talleres mecánicos, panaderías y nuevas franquicias de tiendas y restaurantes americanos. Vasco de Quiroga se ha convertido en un corredor de servicios para las personas que trabajan en el ZEDEC. Vienen aquí a comer a medio día. Algunos vienen también a vivir; rentan un cuarto en el pueblo y trabajan como guardias, intendentes, vendedores o recamareras en la zona que los manifestantes llamaban la “Isla de Santa Fe”—“precisamente,” me explicó Mario, “porque no es cosa tal. Los burgueses creen que pueden aislarse, pero todos estamos conectados, y lo que pasa ahí nos afecta a todos”.

Roberto, uno de los organizadores de la manifestación estaba en el teléfono, estableciendo contacto con las autoridades del Distrito Federal.

Pronto llegaron camionetas llenas de policías anti-motines. Eran más de cien, vestidos de negro, con cascos, chalecos antibalas, escudos y macanas. Nos rodearon y comenzaron a acercarse. El contingente que estaba bloqueando la calle comenzó a debilitarse.

“Compañeros, ¡no nos abandonen! ¡Únanse al contingente!” dijo uno de los que se mantuvo sobre Vasco de Quiroga.

“¿Cómo nos vamos a defender? ¡No tenemos armas!” contestó uno de los que estaba ya en la banqueta. Los demás se mantuvieron en silencio.

Roberto tomó entonces el altavoz y dijo: “Compañeros, hemos cumplido nuestra misión el día de hoy. Hemos hablado con las autoridades y nos van a dar un espacio para negociar. Nuestro trabajo ha dado frutos. Pueden irse tranquilos a sus casas”.

Cuando le pregunté a Roberto con quién había hablado me dijo que con nadie. “No nos contestaron la llamada, pero ¿cómo iba a dejar a los veinte valientes que quedaban solos contra cien granaderos?”¹¹

No todos los sueños de los habitantes del pueblo de Santa Fe y las colonias de alrededor son pesadillas. El acceso a las barrancas es difícil. Las mejores propiedades están junto a Camino Real a Toluca-Vasco de Quiroga; las zonas más bajas son más pobres. Los ríos que corren al fondo de las barrancas están contaminados por drenajes. Algunos sueñan con limpiar los ríos. Antes, recuerdan los más viejos, las cañadas estaban flanqueadas por encinos y ahuehuetes. Había represas en torno a las cuales hacían días de campo. Ahora no se antoja ni acercarse, por el olor.

Otros sueñan con mejorar el transporte: para llegar al fondo de las barrancas es necesario caminar por angostos corredores entre las viviendas auto-construidas y bajar cientos de escalones. También se puede bajar en taxi pirata: se forman en avenida Vasco de Quiroga y cobran entre diez y veinte pesos. Los choferes de los taxis legales se niegan a bajar: las barrancas son peligrosas, con bandas de criminales que roban a los extraños. Armando sueña con una alternativa a los taxis pirata: un teleférico que vaya del fondo de las barrancas a la avenida.

“Podría ser incluso un atractivo turístico ver las barrancas, con sus casitas de block que parece que nunca se acaban, desde el aire”, me dijo. Armando ha leído en la prensa sobre los teleféricos construidos en Medellín y Río de Janeiro y piensa, ¿Por qué no hacemos lo mismo aquí? Si bien algunos sueños son distantes, otros se hacen realidad. Por ejemplo, hace unos años—tres antes de la protesta contra el PPDU—una coalición de vecinos y organizaciones del gobierno y la iniciativa privada restauró el Pasaje Bellavista. Entre ellas estaba la Plataforma de vecinos—que más tarde coordinaría la resistencia contra el PPDU—la Fundación Televisa, la delegación Álvaro Obregón, el ejército, los arquitectos Mauricio Rocha y Gabriela Carrillo, la parroquia de la Asunción del pueblo de Santa Fe y jubilados de la fábrica de pólvora.

El pasaje es una calle peatonal que conecta el pueblo de Santa Fe y Lomas de Santa Fe, la más antigua colonia residencial de la región. El pasaje, convertido en puente, pasa sobre el río Tacubaya. Un día, Alfonso y yo sobornamos a un guardia con una botella de mezcal y entramos a un terreno privado, conocido por los vecinos como “el bosque”, en el que un enorme tubo de drenaje del ZEDEC desemboca en el río, unos cincuenta metros río arriba del puente. Río abajo está el campo militar número 1, con vivienda y campos de entrenamiento para los soldados.

Parte del bosque la ocupa la Casa del agrónomo, que se convirtió hace unos años en templo cristiano; desde el bosque se puede escuchar a los militares venerando a la bandera y a los devotos rindiéndole honores a su dios único. En el extremo del pasaje opuesto al pueblo está la ermita de don Vasco, un monumento colonial catalogado por el INAH, bardeado, sin restaurar, y avasallado por los muros de contención de las residencias de Lomas de Santa Fe y sus jardines en cantiléver. Contiguos a la ermita, los ojos de agua de Santa Fe—también bardeados—siguen abasteciendo de agua a la ciudad.

11 Eventualmente, la vía legal tuvo mejores resultados: los vecinos interpusieron un amparo contra el PPDU y lo ganaron. A la fecha, el plan parcial está detenido. Los vecinos siguen unidos ante la posibilidad de que se los chinguen. Como en el caso de Fiji descrito en *The Method of Hope* (Miyazaki), en Santa Fe la posibilidad de un futuro no consumado mantiene viva una comunidad. Uno de los casos más notables fue cuando Georgia me mostró un dossier con decenas de documentos que muestran que no es la primera vez que se movilizan en torno a la calle—cada cinco años aproximadamente resurge el miedo y se reconfigura la organización vecinal.

Cientos de personas usan el pasaje como un lugar de paso. Caminan desde el km. 13, sobre Paseo de la Reforma, donde los deja el autobús, hasta distintas colonias populares; cruzan las puertas de Lomas de Santa Fe, previo registro en un libro de aspecto muy oficial, y siguen por la calle peatonal hasta Vasco de Quiroga, y de ahí van hacia sus casas. La restauración del pasaje buscaba convertirlo en un espacio de reflexión—en un lugar para detenerse, no solo para ser transitado.

Para ello, los involucrados colocaron nuevos pavimentos, con rampas y escaleras, reconstruyeron el muro del campo militar, plantaron jardines y, tras negociar con el INAH, organizaron eventos en la ermita. Desafortunadamente, los trabajos no se terminaron. Se quedaron atorados por los obstáculos habituales: cambió el gobierno delegacional; no se pudieron coordinar los distintos niveles de gobierno involucrados con el manejo del agua, etcétera.

Sin embargo en una visita a la ermita hace poco me encontré con evidencia de que, como creyeron los promotores del proyecto, los pedazos de la ciudad rota sí pueden armarse de nuevo: durante la inauguración de una exposición de fotografías de la fábrica de pólvora, en 2010, un grupo de personas llevó una imagen italiana del siglo XIX de Santa Bárbara desde la iglesia de la Asunción, por el mismo camino que recorren los que van y vienen del km. 13, hasta el sitio donde rezaba don Vasco. La santa, patrona de los que manejan explosivos, permanece en la ermita, y el empleado del INAH que cuida sus ruinas le enciende veladoras.